

FÁBULA II.

LA DANZA PASTORIL.

A la sombra que ofrece
Un gran peñon tajado,
Por cuyo pié corria
Un arroyuelo manso,
Se formaba en estío
Un delicioso prado.
Los árboles silvestres
Aquí y allí plantados,
El suelo siempre verde,
De mil flores sembrado,
Más agradable hacian
El lugar solitario.
Contento en él pasaba
La siesta, recostado
Debajo de una encina,
Con el albogue, Bato.
Al són de sus tonadas,
Los pastores cercanos,
Sin olvidar algunos
La guarda del ganado,
Descendian ligeros
Desde la sierra al llano.
Las honestas zagalas,
Segun iban llegando,
Bailaban lindamente,
Asidas de las manos,
En torno de la encina
Donde tocaba Bato.
De las espesas ramas
Se veía colgando
Una guirnalda bella
De rosas y amaranto.
La fiesta presidia
Un mayoral anciano;
Y ya que el regocijo
Bastó para descanso,
Antes que se volbiesen
Alegres al rebaño,
El viejo presidente
Con su corvo cayado
Alcanzó la guirnalda
Que pendia del árbol,
Y coronó con ella
Los cabellos dorados
De la gentil zagala
Que con sencillo agrado
Supo ganar á todas
En modestia y recato.
*Si la virtud premiáran
Así los cortesanos,
Yo sé que no huiría
Desde la corte al campo.*

FÁBULA III.

LOS DOS PERROS.

*Procure ser en todo lo posible,
El que ha de reprender, irreprensible.*
Sultan, perro goloso y atrevido,
En su casa robó, por un descuido,
Una pierna excelente de carnero.
Pinto, gran tragador, su compañero,
Le encuentra con la presa encarnizado
Ojo al traves, colmillo acicalado,
Fruncidas las narices y gruñendo.
«¿Qué cosa estás haciendo,
Desgraciado Sultan? Pinto le dice;
¿No sabes, infelice,
Que un Perro infiel, ingrato,
No merece ser Perro, sino gato?
¿Al amo, que nos fia
La custodia de casa noche y dia,
Nos halaga, nos cuida y alimenta,
Le das tan buena cuenta,
Que le robas, goloso,
La pierna del carnero más jugoso!
Como amigo te ruego
No la maltrates más: déjala luégo.—

Hablas, dijo Sultan, perfectamente.
Una duda me queda solamente
Para seguir al punto tu consejo:
Di, ¿te la comerás, si yo la dejo?»

FÁBULA IV.

LA MODA.

Después de haber corrido
Cierta danzante mono
Por cantones y plazas,
De ciudad en ciudad, el mundo todo,
Logró, dice la historia,
Aunque no cuenta el cómo,
Volverse libremente
A los campos del Africa orgulloso.
Los monos al viajero
Rociben con más gozo
Que á Pedro el czar los rusos,
Que los griegos á Ulises generoso.
De leyes, de costumbres,
Ni él habló, ni algun otro
Le preguntó palabra;
Pero de trajes y de modas todos.
En cierta jerigonza,
Con extranjero tono,
Les hizo un *gran detalle*
De lo más *remarcable* á los curiosos.
«Empecemos, decian,
Aunque sea por poco.»
Hicieronse zapatos
Con cáscaras de nueces, por lo pronto;
Toda la raza mona
Andaba con sus choclos,
Y el no traerlos era
Faltar á la decencia y al decoro.
Un leopardo hambriento
Trepó para los monos:
Ellos huir intentan
A salvarse en los árboles del soto.
Las chinelas lo estorban,
Y de muy fácil modo
Aquí y allí mataba,
Haciendo á su placer dos mil destrozos.
En Tetuan, desde entonces
Manda el senado docto
Que cualquier uso ó moda,
De países cercanos ó remotos,
Antes que llegue el caso
De adoptarse en el propio,
Haya de examinarse,
En junta de políticos, á fondo.
*Con tan justo decreto
Y el suceso horroroso,
¿Dejaron tales modas?
Primero dejarían de ser monos.*

FÁBULA V.

EL LOBO Y EL MASTIN.

Trampas, redes y perros
Los celosos pastores disponian
En lo oculto del bosque y de los cerros,
Porque matar querian
A un Lobo por el bárbaro delito
De no dejar á vida ni un cabrito.
Hallóse cara á cara
Un Mastin con el Lobo de repente,
Y cada cual se pára,
Tal como en Zama estaban frente á frente,
Antes de la batalla, muy serenos
Anibal y Scipion, ni más ni ménos.
En esta suspension, bregnas propone
El Lobo á su enemigo.
El Mastin no se opone,
Antes le dice: «Amigo,
Es cosa bien extraña, por mi vida,
Meterse un señor Lobo á fabricida.
Ese cuerpo brioso
Y de pujanza fuerte,

Que mate al jabali, que venza al oso,
Mas ¿qué dirán al verte
Que lo valiente y fiero
Empleas en la sangre de un cordero?»
El Lobo le responde: «Camarada,
Tienes mucha razon: en adelante
Propongo no comer sino ensalada.»
Se despiden y toman el portante.
Informados del hecho
Los pastores, se apuran y patean;
Agarran al Mastin y le apalcan.
Digo que fué bien hecho;
Pues en vez de ensalada, en aquel año
Se fué comiendo el Lobo su rebaño.
*¿Con una reprension, con un consejo
Se preténde quitar un vicio anejo?*

FÁBULA VI.

LA HERMOSA Y EL ESPEJO.

Anarda la bella
Tenia un amigo
Con quien consultaba
Todos sus caprichos:
Colores de moda,
Más ó ménos vivos,
Plumas, sombrerete,
Lunares y rizos
Jamás en su adorno
Fueron admitidos,
Si él no la decia:
Gracioso, bonito.
Cuando su hermosura,
Llena de atractivo,
En sus verdes años
Tenia más brillo,
Traidoras la roban
(Ni acierto á decirlo)
Las negras viruelas
Sus gracias y hechizos.
Llegóse al Espejo:
Este era su amigo;
Y como se jacta
De fiel y sencillo,
Lisa y llanamente
La verdad la dijo.
Anarda, furiosa,
Casi sin sentido,
Le vuelve la espalda,
Dando mil quejidos.
Desde aquel instante
Cuentan que no quiso
Volver á consultas
Con el señor mio.
«Escúchame, Anarda:
Si buscas amigos
Que te representen
Tus gracias y hechizos,
Mas que no te adviertan
Defectos y aun vicios,
De aquellos que nadie
Conoce en sí mismo,
Dime, ¿de qué modo
Podrás corregirlos?»

FÁBULA VII.

EL VIEJO Y EL CHALAN.

«Fablo está, no lo niego, muy notado
De una cierta pasion, que le domina;
Mas ¿qué importa, señor? Si se examina,
Se verá que es un mozo muy honrado,
Generoso, cortés, hábil, activo,
Y que de todo entiende
Cuanto pide el empleo que pretende.—
Y qué, ¿no se le dan?... ¿Por qué motivo?...»
Trataba un Viejo de comprar un perro
Para que le guardase los doblones;
Le decia el Chalan estas razones:
«Con un collar de hierro

Que tenga el animal, échenle gente:
Es hermoso, pujante,
Leal, bravo, arrogante;
Y aunque tiene la falta solamente
De ser algo goloso...—
¿Goloso? dice el rico; no le quiero.—
No es para marmiton ni despensero,
Continúa el Chalan muy presuroso;
Sino para valiente centinela.—
Mémos, concluye el Viejo;
Dejará que me quiten el pellejo
Por lamer entre tanto la cazucla.»

FÁBULA VIII.

LA GATA CON CASCABELES.

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
Con un collar de grana,
De pelo y cascabeles adornado.
Al ver tal maravilla,
Del alto corredor y la guardilla
Van saltando los gatos de uno en uno.
Congrégase al instante
Tal concurso gatuno
En torno de la dama rozagante,
Que entre flexibles colas arboladas
Apénas divisarla se podia.
Ella con mil monadas
El cascabel parlero sacudia;
Pero cesando al fin el sonsonete,
Dijo que por juguete
Quitó el collar al perro su señora,
Y se le puso á ella.
Cierta que Zapaquilda estaba bella.
A todos enamora,
Tanto, que en la gatesca compañía,
Cuál dice su atrevido pensamiento,
Cuál se encrespa celoso;
Riñen éste y aquél con ardimiento,
Pues con ansia queria
Cada gato soltero ser su esposo.
Entre los arañazos y maullidos
Levántase Garraf, gato prudente,
Y á los enfurecidos
Les grita: «Novel gente,
¿Gata con cascabeles por esposa!
¿Quién pretende tal cosa?
¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta,
Y que la dama hambrienta
Necesita sin duda que el marido,
Ausente y aburrido,
Busque la provision en los desvanes,
Mientras ella, cercada de galanes,
Porque el mundo la vea,
De tejado en tejado se pasea?»
Marchóse Zapaquilda convencida,
Y lo mismo quedó la concurrencia.
*¿Cuántos chascos se llevan en la vida
Los que no miran más que la apariençial*

FÁBULA IX.

EL RUISEÑOR Y EL MOCHUELO.

Una noche de Mayo,
Dentro de un bosque espeso,
Donde, segun reinaba
La triste oscuridad con el silencio,
Parece que tenia
Su habitacion Morfeo;
Cuando todo viviente
Disfrutaba de dulce y blando sueño,
Pendiente de una rama
Un Ruiseñor parlero
Empezó con sus ayes
A publicar sus dolorosos celos.
Después de mil querellas,
Que llegaron al cielo,
A cantar empezaba
La antigua historia del infiel Tesoç

Cuando, sin saber cómo,
Un cazador mochuelo
Al músico arrabata
Entre las corvas uñas prisionero,
Jamás Pan con la flauta
Igualó sus gorjeos,
Ni resonó tan grata
La dulce lira del divino Orfeo;
No obstante, cuando daba
Sus últimos lamentos,
Los vecinos del bosque
Aplaudían su muerte; yo lo creo.
Si con sus serenatas
El mismo *Parinelo*
Viniese á despertarme
Mientras que yo dormía en blando lecho,
En lugar de los *bracos*,
Diría: «Caballero,
¡Que no viniese ahora
Para tal ruiseñor algún mochuelo!»
*Clori tiene mil gracias,
¡Y qué logra con eso!
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas á su tiempo.*

FÁBULA X.

EL AMO Y EL PERRO.

«Callen todos los perros de este mundo
Donde está mi *Palomo*:
Es fiel, decía el Amo, sin segundo,
Y me guarda la casa... Pero ¿cómo?
»Con la despensa abierta
Le dejé cierto día:
En medio de la puerta,
De guardia se plantó con bizarría,
»Un formidable gato,
En vez de perseguir á los ratones,
Se venía, guiado del olfato,
A visitar chorizos y jamones.
»*Palomo* le despide buenamente;
El gatazo se encrespa y acalora;
Ríen sangrientamente,
Y mi *guarda-jamones* le devora.»
Esto contaba el Amo á sus amigos,
Y despues á su casa se los lleva
A que fuesen testigos
De tal fidelidad en otra prueba.
Tenía al buen *Palomo* prisionero
Entre manidas pollas y perdices;
Los sebosos riñones de un carnero
Casi casi le untaban las narices.
Dentro de este retiro á penitencia
El triste fué metido,
Despues de algunos días de abstinencia.
Al fin, ya su señor, compadecido,
Abre con sus amigos el encierro:
Sale rabo entre piernas, agachado;
Al Amo se acercaba el pobre Perro,
Lamiéndose el hocico ensangrentado.
El dueño se alborota y enfurece
Con tan fatales nuevas.
*Yo le preguntaría: ¿Y qué merece
Quien la virtud expone á tales pruebas?*

FÁBULA XI.

LOS DOS CAZADORES.

Que en una marcial función,
O cuando el caso lo pida,
Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razón,
Pero el que por diversion
Exponer su vida quiera
A juguete de una fiera
O peligros no menores,
Sepa de dos Cazadores
Una historia verdadera.
Pedro Ponce el valeroso
Y Juan Carranza el prudente

Vieron venir frente á frente
Al lobo más horroroso,
El prudente, temeroso,
A una encina se abalanza,
Y cual otro Sancho Panza,
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos á Carranza.

FÁBULA XII.

EL GATO Y EL CAZADOR.

Cierto Gato, en poblado descontento,
Por mejorar sin duda su destino
(Que no sería Gato de convento),
Pasó de ciudadano á campesino.
Metióse santamente
Dentro de una covacha, mas no léjos
De un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente
Si el novel ermitaño
Probaria la yerba en todo el año,
Lo mejor de la caza devoraba,
Haciendo mil excesos;
Mas al fin, por el rastro que dejaba
De plumas y de huesos,
Un Cazador lo advierte: le persigue;
Arma trampas y redes con tal maña,
Que al instante consigue
Atrapar la carnívora alimaña.
Llégase el Cazador al prisionero;
Quiere darle la muerte;
El animal le dice: «Caballero,
Duélase de la suerte
De un triste pobrecito,
Metido en la prision, y sin delito.—
»Sin delito, me dices,
Cuando sé que tus uñas y tus dientes
Devoran infinitos inocentes?—
Señor, eran conejos y perdices,
Y yo no hacia más, á fe de Gato,
Que lo que ustedes hacen en el plato.—
Ea, pícaro, muere;
Que tu mala razón no satisface.»
*Con que sea la cosa que se fuere,
¿La podrá usted hacer, si otro la hace?*

FÁBULA XIII.

EL PASTOR.

Salicio usaba tañer
La zampoña todo el año,
Y por oírle el rebaño,
Se olvidaba de pacer.
Mejor sería romper
La zampoña al tal Salicio;
Porque si causa perjuicio,
En lugar de utilidad,
La mayor habilidad,
En vez de virtud, es vicio.

FÁBULA XIV.

EL TORDO FLAUTISTA.

Era un gusto el oír, era un encanto,
A un Tordo gran flautista; pero tanto,
Que en la gaita gallega,
O la pasión me ciega,
O á Mison le llevaba mil ventajas.
Cuando todas las aves se hacen rajás
Saludando á la aurora,
Y la turba confusa charladora
La canta sin compas y con destreza
Todo cuanto la viene á la cabeza,
El flautista empezó: cesó el concierto.
Los pájaros con tanto pico abierto
Oyeron en un tono soberano
Las folías, la gaita y el villano.
Al escuchar las aves tales cosas,

Quedaron admiradas y envidiosas.
Los jilgueros, preciados de cantores,
Los vanos ruiseñores,
Unos y otros corridos,
Callan, entre las hojas escondidos.
Ufano el Tordo grita: «Camaradas,
Ni saben ni sabrán estas tonadas
Los pájaros ociosos,
Sino los retirados estudiosos.
»Sabed que con un hábil zapatero
Estudié un año entero:
El dale que le das á sus zapatos,
Y alternando, silbábamos á ratos.
En fin, viéndome diestro,
Vuela al campo, me dice mi maestro,
Y harás ver á las aves, de mi parte,
Lo que gana el ingenio con el arte.»

FÁBULA XV.

EL RAPOSO Y EL LOBO.

Un triste Raposo
Por medio del llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado
Que perdió las suyas
Allá en Campo Santo.
Un Lobo le dijo:
«Hola, buen hermano,
Diga, ¿en qué refriega
Quedó tan lisiado?—
»Ay de mí! responde;
Un maldito rastro
Me llevó á una trampa,
Donde por milagro,
Dejando una pierna,
Sali con trabajo.
Despues de algún tiempo
Iba yo cazando,
Y en la trampa misma
Dejé pierna y rabo.»
El Lobo le dice:
«Creíble es el caso,
Yo estoy tuerto, cojo
Y desorejado
Por ciertos mastines,
Guardas de un rebaño.
Soy de estas montañas
El Lobo decano;
Y como conozco
Las mañas de entrambos,
Temo que acabemos,
No digo enmendados,
Sino tú en la trampa,
Y yo en el rebaño.»
*¿Que el ciego apetito
Pueda arrastrar tanto!
A los brutos pase.
¿Pero á los humanos!...*

FÁBULA XVI.

EL CIUDADANO PASTOR.

Cierto jóven leía
En versos excelentes
Las dulces pastorelas
Con el mayor deleite.
Tenía la cabeza
Llena de prados, fuentes,
Pastores y zagalas,
Zampoñas y rabeles.
Al fin, cierta mañana
Prorrumpe de esta suerte:
«Yo he de estar prisionero,
Cercado de paredes,
Eslavo de los hombres
Y sujeto á las leyes,
Pudiendo entre pastores
Grata y sencillamente
Disfrutar desde ahora

La libertad campestre!
De la ciudad al bosque
Me marchó para siempre:
Allí naturaleza
Me brinda con sus bienes,
Los árboles y ríos
Con frutas y con peces,
Los ganados y abejas
Con la miel y la leche;
Hasta las duras rocas
Habitacion me ofrecen
En grutas coronadas
De pámpanos silvestres.
Desde tan bella estancia,
¿Cuántas y cuántas veces,
Al són de dulces flautas
Y sonoros rabeles,
Oíré á los pastores
Que discretos contenden,
Publicando en sus versos
Amores inocentes?
Como que ya divisó
Entre el ramaje verde
A la pastora Nise,
Que al lado de una fuente,
Sentada al pié de un olmo,
Una guirnalda teje.
»Si será para Mopso?...»
Tanto el jóven enciende
Su loca fantasía,
Que ya en fin se resuelve,
Y en zagal disfrazado,
En los bosques se mete.
A un rabadan encuentra,
Y le pregunta alegre:
«Dime, ¿es de Melibea
Ese ganado?— Miente,
Que es mio; y sobre todo,
Sea de quien se fuere.»
No respondió el buen hombre
Muy poéticamente.
El jóven, temeroso
De que tal vez le diese
Con el fiero garrote
Que por cayado tiene,
Sin chistar más palabra,
Huyó bonitamente.
Marchaba pensativo,
Cuando quiso la suerte
Que cogiendo bellotas
A la pastora viese.
«¡Oh Nise fementida!
Exclama; ¿cuántas veces,
Siendo niña, querías
Que yo te recogiese
La fruta con rocío
De mis manzanos verdes!»
Diciendo así, se acerca,
La moza se revuelve,
Y dándole un bufido,
En las breñas se mete.
Sorprendido el mancebo,
Dice: «¿Qué me sucede?
¿Son éstos los pastores
Discretos, inocentes,
Que pintan los poetas
Tan delicadamente?
A nuevos desengaños
Ya no quiero exponerme.»
Rendido, caviloso,
A la ciudad se vuelve.
Yo siento á par del alma
Que no se detuviese
A disfrutar un poco
De la vida campestre.
Por mi fe, que las migas,
El pastoril albergue,
El rigor del verano,
Los hielos y las nieves,
Le hubieran persuadido
Mucho más vivamente
Que es un solemne loco

Todo aquel que creyera
Hallar en la experiencia
Cuanto el hombre nos pinta por deleite.

FÁBULA XVII.

EL LADRON.

Por catar una colmena
Cierta goloso Ladron,
Del venenoso aguijon
Tuvo que sufrir la pena.
«La miel, dice, está muy buena:
Es un bocado exquisito;
Por el aguijon maldito
No volveré al colmenar.»
¡Lo que tiene el encontrar
La pena tras el delito!

FÁBULA XVIII.

EL JÓVEN FILÓSOFO Y SUS COMPAÑEROS.

Un Joven, educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo Filósofo profundo,
Salió por fin á visitar el mundo.
Concurrió cierto día,
Entre civil y alegre compañía,
A una mesa abundante y primorosa.
«¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
A la vista del hombre!... ¡Y éste acierta
A comer los despojos de la muerte!»
El Joven declamaba de esta suerte.
Al són de filosóficas razones,
Devorando perdices y pichones,
Le responden algunos concurrentes:
«Si usted ha de vivir entre las gentes,
Deberá hacerse á todo.»
Con un gracioso modo,
Alabando el bocado de exquisito,
Le presentan un gordo pajarito.
«Cuanto usted ha exclamado será cierto;
Mas, en fin, le decian, ya está muerto.
Pruébalo por su vida... Considere
Que otro le comerá, si no le quiere.»
La ocasion, las palabras, el ejemplo,
Y segun yo contemplo,
Yo no sé qué oloreillo
Que exhalaba el caliente pajarillo,
Al Joven persuadieron de manera,
Que al fin se lo comió. «¡Quién lo dijera!
¡Haber yo devorado un inocente!»
Así clamaba, pero friamente.
Lo cierto es que, llevado de aquel cebo,
Con más facilidad cayó de nuevo,
La ocasion se repite
De uno en otro convite,
Y de una codorniz á una becada,
Llegó el Joven, al fin de la jornada,
Olvidando sus máximas primeras,
A ser devorador como las fieras.
De esta suerte los vicios se insinúan,
Crecen, se perpetúan
Dentro del corazón de los humanos,
Hasta ser sus señores y tiranos.
Pues, ¿qué remedio?... Incautos jovencitos,
Cuenta con los primeros pajaritos.

FÁBULA XIX.

EL ELEFANTE, EL TORO, EL ASNO Y LOS DEMAS ANIMALES.

Los mansos y los fieros animales,
A que se remediasen ciertos males
Desde los bosques llegan,
Y en la rasa campaña se congregan.
Desde la más pelada y alta roca
Un Asno trompetero los convoca.

El concurso ya junto,
Instruido tambien en el asunto
(Pues á todos por Júpiter previno
Con cédula ante diem el pollino),
Imponiendo silencio el Elefante,
Así dijo: «Señores, es constante
En todo el vasto mundo
Que yo soy en lo fuerte sin segundo:
Los árboles arranco con la mano (1),
Venzo al leon, y es llano
Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
Abre sin duda brecha. A la batalla
Llevo todo un castillo guarnecido;
En la paz y en la guerra soy tenido
Por un bruto invencible,
No sólo por mi fuerza irresistible,
Por mi gordo colete y grave masa,
Que hace temblar la tierra donde pasa.

«Mas, señores, con todo lo que cuento,
Sólo de vegetales me alimento,
Y como á nadie daño, soy querido,
Mucho más respetado que temido.
Aprended, pues, de mí, crueles fieras,
Las que hacéis profesion de carniceras,
Y no hagais por comer atroces muertes,
Puesto que no seréis, ni menos fuertes,
Ni menos respetadas,
Sino muy estimadas
De grandes y pequeños animales,
Viviendo, como yo, de vegetales.—
Gran pensamiento, dicen, gran discurso»;
Y nadie se le opone del concurso.

Habló despues un Toro de Jarama:
Escarba el polvo, cabecea, brama.
«Vengan, dice, los lobos y los osos,
Si son tan poderosos,
Y en el circo verán con qué donaire
Los haré que volteen por el aire.
¡Que! ¡son menos gallardos y valientes
Mis cuernos que sus garras y sus dientes!
Pues, ¿por qué los villanos carniceros
Han de comer mis vacas y terneros?
Y si no se contentan
Con las hojas y yerbas, que alimentan
En los bosques y prados
A los más generosos y esforzados,
Que muerdan de mis cuernos al instante,
O si no, de la trompa al Elefante.»
La asamblea aprobó cuanto decía
El Toro con razon y valentía.

Seguíase á los dos en el asiento,
Por falta de buen orden, el Jumento,
Y con rubor expuso sus razones.
«Los milanos, prorumpen, y los halcones
(No ofendo á los presentes, ni quisiera),
Sin esperar tampoco á que me muera,
Hallan para sus uñas y su pico
Estuche entre los lomos del borrico.
Ellos querrán ahora, como bobos,
Comer la yerba á los señores lobos.
Nada menos: aprendan los malditos
De los chochas, perdices ó chorlitos,
Que, sin hacer á los jumentos guerra,
Envainan sus picotes en la tierra;
Y viva todo el mundo santamente,
Sin picar ni morder en lo viviente.—
Necedad, disparate, impertinencia,
Gritaba aquí y allí la concurrencia.—
Haya silencio, claman, haya modo.»
Alborótase todo:

Crece la confusion, la grita crece;
Por más que el Elefante se enfurece,
Se deshizo en desorden la asamblea.
Adios, gran pensamiento; adios, idea.
Señores animales, yo pregunto:
¿Habló el Asno tan mal en el asunto?
¿Discurrieron tal vez con más acierto
El Elefante y Toro? No por cierto.

(1) Buffon, en la *Historia natural*, artículo del *Elefante*, llama así á la trompa de este animal.

Pues ¿por qué solamente al buen Pollino
Le gritan disparate, desatino?
Porque nadie en razones se paraba,
Sino en la calidad de quien hablaba.
Pues, amigo Elefante, no te asombres.
Por la misma razon entre los hombres
Se desprecia una idea ventajosa.
¿Qué preocupación tan peligrosa!

POESÍAS VARIAS.

Se conservaban inéditas, en su mayor parte, entre los papeles del señor don Martin Fernandez de Navarrete, amigo y paisano de SAMANIEGO; papeles que vinieron á parar á manos de nuestro malogrado amigo el señor don Eustaquio Fernandez de Navarrete, nieto de aquel ilustre escritor.

RIDÍCULO RETRATO
DE UN RIDÍCULO SEÑOR (1).

DÉCIMAS.

Ahí va, que quieras ó no,
Mi retrato, y claro está
Que no lo conocerá
La madre que lo parió:
Está más feo que yo,
Más raro, más singular;
Y si gustas de mirar
Su figura atentamente,
Aprende primeramente
A signar y santiguar.
Segun probable opinion,
Soy en el ingenio zorra,
En parlería cotorra,
En el tamaño gorrion,
En la viveza raton,
Y aunque de todo blasono,
Siempre en duda se me pone
Qué especie de cosa soy;
Y, por esta duda, estoy
Casado *sub conditione*.
Mi cara, si se examina,
Verá el curioso en un año
Que es paje del Gran Tacaño,
Anuncio de hambre canina:
Ni bien es cara ni esquina;
Sólo, sí, es cosa tan rara,
Que á todo el que la repara,
A tal risa le provoca,
Que para tomarla en boca
No sé cómo tengo cara.
Si con maña menos cuerda
Mis cabellos has mirado,
Creerás por mal de mi grado
Que soy animal de cerda;
No receles que se pierda
Tu gusto, si gustas de ellos;
Son fuertes, aunque no bellos,
Y así tu vida estuviera
Más segura si pendiera
De alguno de mis cabellos.
Lóbrega, oscura y fatal
Forma tal noche mi frente,
Que á tientes tan solamente
Encuentro el por la señal:
Es ella tan fea y tal,
Que me inquieta, que me irrita;
Negra, arrugada, chiquita,
Siempre de mal en peor,
Sin poderla hacer mejor
A fuerza de agua bendita.

(1) Habiéndole dicho una gran señora, en Madrid, que queria tener su retrato, le envió al poco tiempo estas décimas; por ellas se puede formar una idea de la figura del autor, que, aunque con exageracion, pinta sin falsedad sus defectos y cualidades físicas. (Esta nota y las siguientes, relativas á los versos de SAMANIEGO, son del señor don Eustaquio Fernandez de Navarrete.)

Permíteme que me queje
Que siendo mis ojos bellos,
No gustes, Marica, de ellos,
Por más que yo me desceje:
Son de mi hermosura el eje,
Son de Cupido dos grillos,
Y son dos medios anillos
De brillantes, cual se ve;
Mas nada sirve, porque
Nadie repara en pelillos.
Mis narices son mejores
Que las echizas (2) de palo,
Y si algo tienen de malo,
Es el meterse á mayores;
Mi cara con mil colores
Se avergüenza en su presencia,
Y huye con tal persistencia,
Que la deja sin cimientos,
Y como soplen los vientos,
No es obra de permanencia.
Mi boca es buena, y así
No digo más; punto en boca,
Que á mi boca no le toca
El decir bienes de sí:
Mírala muy bien, y dí
Sus elogios al instante;
Di que no hay á quien no encante
Por lo pulida y graciosa,
Pues no le falta otra cosa
Sino un dedo por delante.
Mis negras barbas infiero
Qué tales que serán ellas,
Que sólo por no tenellas
Estoy pagando dinero;
Mas me consuela un barbero
Que se llama Juan Antonio,
Asegurando el bolonio
Que ellas dicen que soy hombre;
Mas, por vida de mi nombre,
Que es un falso testimonio (3).
Mi cuerpo por todas caras
Pigméa talla promete,
Y por eso no se mete
En camisa de once varas;
De esta falta que reparas
Bien se supo aprovechar
Mi mujer, que por ahorrar,
Cuando murió don Canuto (4),
Me hizo un vestido de luto
Del tafetan de un lunar.
Decentes mis piés están
En todo tiempo aliñados,
Pues descalzos ó calzados,
Son siempre de cordobán;
Los puntos que calzarán
Considera por tu vida,
Pues por cosa reducida
Y de tan poco aparato,
La horma de mi zapato
Es el pié de la medida (5).

Á UNOS AMIGOS PREGUNTONES (6).

DÉCIMAS.

Para darme en qué entender,
Ofreceis á mi eleccion
Tres bellas cosas, que son
Sueño, dinero ó mujer.

(2) Especie de trompo con que juegan los muchachos.

(3) Alusion graciosa á llevar muchos años de casado y no tener sucesion.

(4) Don Canuto, un tio del autor, llamado así. Ademas de la exageracion graciosa de la pequenez de su estatura, alude en esta estrofa á la tacañeria de su mujer, que, segun noticias, era de sobra económica y guardadora.

(5) Habla del pié pequeño en que regularmente termina la medida de los zapateros.

(6) Habiéndole dicho unos amigos al autor que es lo que preferia entre sueño, mujer ó dinero, por quejarse de que andaba desvelado, les contestó con estas décimas. Las publicamos para demos-

Oid, pues, mi parecer
En este ejemplillo suelto:
Su madre á un niño resuelto
Sopa ó huevo le ofreció,
Y el niño le respondió:
Madre, yo... todo revuelto,
Mas si acaso os empeñais
En que de las tres escoja,
La dificultad es floja:
A verlo al momento vais;
Espero no me tengais
Por grosero, si á decir
Me preparo, por cumplir,
La verdad sin fingimientos;
Que dicen los mandamientos:
El octavo, no mentir.
No será de mi elección
La mujer... porque yo sé
Que es ella de modo... que...
Los hombres... pero ¡chiton!
Le tengo veneración;
Y por mí no han de saber
Que para mejor perder
El diablo á Job su virtud,
Le quitó hijos y salud,
Y le dejó la mujer.
Sueño sólo he de querer
El preciso á mi persona,
Porque á veces la abandona
Cuando más lo ha menester.
Cosa es que no puedo ver;
De todo forma una queja;
Por una pulga me deja;
Se va, y el por qué no sé;
Y me enfada tanto, que
Lo tengo entre ceja y ceja.
¡Oh dinero, sin segundo,
Resorte de tal portento,
Que pones en movimiento
Esta máquina del mundo!
Por tí surge el mar profundo
En un palo el marinero,
Por tí el valiente guerrero
Busca el peligro mayor...
Pues, pese al de Fuenmayor,
Yo te prefiero, dinero.

NUEVA RELACION Y CURIOSO ROMANCE DEL CASO
MÁS RARO Y PRODIGIOSO QUE HA SUCEDIDO DON-
DE Y COMO VERÁ EL CURIOSO LECTOR EN LA SI-
GUIENTE DESESPERADA

JÁCARA (1).

Santo Cristo de la luz,
Señor de cielos y tierra,
Dad espíritu á mi voz,
Desatad mi torpe lengua,
Para que pueda cantar
Al són de las cinco cuerdas
De la barberil guitarra,
No las sabidas proezas
Del valiente Pedro Ponce
Y el guapo Francisco Estéban;
No los trágicos sucesos
De nuestra presente guerra,
Los de Oreilers en la Mancha,

trar en lo que se habria quedado SAMANIEGO si el eminente Conde de Peñafloreda no le hubiera hecho emprender sus fabulas. El coplerismo, que habia dominado sin competencia en la primera mitad del siglo XVIII, áun tenia muchos partidarios en la segunda, y para hombres del ingenio agudo de SAMANIEGO era un medio cómodo de lucirse con poco trabajo. El vulgo, y para el presente caso comprende esta denominación á muchos doctores, cargados de leyes, cánones y teología, admiraba, como mejor poeta al que ensartaba una décima con pie forzado, que al cantor de las *ruinas de Itálica*.

(1) Pasada la oportunidad, y desconocidas para nosotros las personas y alusiones, ha perdido su principal gracia este romance, que en su tiempo debió hacer reír á los bilbaínos. Lo imprimimos, no obstante, porque nos da á conocer algunas costumbres vascongadas.

Ni tampoco la refriega
De Langara con Rodney,
Ni las batallas sangrientas
De la escuadra combinada
En Brest, devorando mesas (2);
Que áun estos horrendos casos
Son como niños de teta,
Si se comparan con este
Que contaré, si me presta
Cada cual de mi auditorio
Como dos cuartas de orejas.

En la villa de Bilbao,
En la hermosa primavera,
Día diez y ocho de Abril
De setecientos ochenta,
Estando en Aries el sol,
Y en Libra la luna llena,
Amaneció... pero ¿cómo?...
¡Cosa rara! ¡Cosa nueva!
Por el balcón del Oriente
Febo asomó la cabeza,
Llenando de resplandor
Jardines, casas y selvas.
Saludáronle las aves;
Respondiendo á Filomena
Mirlas, calandrias, jilgueros
Con sus dulces cantinelas.
Reianse los arroyos,
Que entre las guijas resuenan,
Acompañando á las aves,
Como Gurillon pudiera;
Dos mil flores sus perfumes
Al templado ambiente entregan,
Para que así el blando viento
A Ceres su incienso ofrezca.
Estaba pues la mañana,
Dejémonos de parleta;
Estaba pues la mañana,
Una mañana de perlas (3),
Cuando de repente el cielo,
Cubierto de nubes densas,
Vistiendo de luto al sol,
En triste llanto se anega.
Lloraba á moco tendido
Cada signo, cada estrella,
Y hasta las siete cabrillas
Se llamaban Magdalenas.
Esta lúgubre mudanza
No la extrañará quien sepa
Que en esta misma mañana...
¡Dioses, dad voz á mi lengua!
Siendo los cielos testigos
De tan horrorosa escena...
Entre las siete y las ocho...
Se fueron... *damas aquellas*.
No se fueron para mí,
Pues para mí no son ellas;
Que se fueron para cuantos
Obsequiosos las rodean.
Lloren ellos con los cielos
Tal partida, tal ausencia,
Y maldigan á Zumaya (4),
Castillo de las bellezas
Van á vivir encantadas,
Hasta que haya quien por ellas
Haciendo de don Quijote.
A azotes y volteretas
Desencante á su señora,
Y á nuestro país la vuelva.
Entre tanto veo yo
Algunos que se pasean
Sin más vida, sin más alma,
Que aquel muñeco ó muñeca

(2) Alusión satírica á la larga estancia de la escuadra combinada española y francesa en Brest, sin emprender ninguna facción de guerra; lo que dió mucho que hablar en aquel tiempo.

(3) De dos copias de este romance que tenemos á la vista, en la una faltan estos cuatro últimos versos.

(4) En la villa de Zumaya posee la familia de Mazarredo una casa; y por aquí el lector que sea de las montañas vascongadas podrá venir en conocimiento de quiénes eran las señoras.

Que da vueltas en un cuarto
Después que le dieron cuerda,
Sé también quien, al oír
Que cayó la más ligera,
Por pedir un vaso de agua,
Dijo, aturdido, á su dueña:
«Dame un vaso de Isabel,
Porque me muero de pena.»
Estos horrendos estragos,
Y otros mil que no se cuentan,
Aun no habrían sucedido
Si no fuera... si no fuera...
(¡Ay, cielos! ¡si lo diré!
¡Muda se queda la lengua!)
Porque se pasaba el tiempo
A los pavos y terneras,
A conejos y perdices
Y á la delicada pesca,
Y áun á los duros capones,
Salvo el novio, que protesta
Que esperaría gustoso,
Por más que todo se pierda.
Del médico desahuciado
Estaba un hombre en la aldea;
Previnieron el entierro
Y las funciones de mesa,
Porque el casarse y morirse
Todo es uno en esta tierra (1).
Púsose el enfermo sano;
Y la familia reniega
Del diablo de la salud,
Que tal petardo les pega;
Que un hombre debe morirse,
Si está la provision hecha.
¡No es mayor inconveniente
Que la novia se les muera,
Que se moje la Isabel,
Que sus cortejos perzcan,
Que el que se pudran los pavos
Y se pase la ternera?
Pues ¡qué! ¿no se halla un carnero
En la más misera aldea?
Pues eso basta; que el resto
Todo es una friolera.
Así claman los amantes,
Heridos de aguda ausencia;
Así gritan por las calles
Con mil voces lastimeras:
Uno maldice á Cupido,
Otro de Venus reniega;
Aquél, por no sentir males,
Dicen que á Baco se entrega;
Hay quien se va con Diana,
Y en los bosques se alimenta,
Llenándose de bellota,
Para convertirse en bestia,
Todos buscan y no hallan
Remedio para su pena,

(1) En las provincias Vascongadas existe la costumbre de que acudan todos los parientes y amigos á las horas en casa del difunto. En las aldeas y caseríos esto es muy caro, porque se tiene que disponer comida para un numeroso gentío, y como es preciso llevar los comestibles de fuera, hay que prevenirse de antemano. Por lo regular, luego que al enfermo se le da la unción comienzan á hacerse las provisiones, entre las que no falta un pellejo ó pellejos de buen vino riojano ó navarro que les cuesta un sentido. Así, pues, un entierro trae el mismo dispendio y tráfico que una boda. *Económicamente* hablando, es un chasco que un enfermo cure después de hechas las provisiones; porque unas horas que llevan esta coleta arruinan á una pobre familia, y es una triste gracia que el gasto se haga dos veces. El gran Conde de Peñafloreda, que siempre atendió á cuanto podía ser útil á su país, quiso abolir una práctica que, sin beneficiar al difunto, puesto que no es sufragio, arruinaba á los vivos; y como tenía que luchar con la preconcipación y hasta con la vanidad, apeló al ejemplo. Persuadió á su madre que mandara en su testamento se le enterrase de pobre y sin honras, con ánimo de cumplirlo. Esto ocasionó un pleito con el cabildo de Azcoitia, que el Conde ganó. Desde entonces, por se les enterrase del mismo modo, y su ejemplo cundió á los caseríos, aunque no todo lo que conviniera al interés de los mismos caseríos. Los vizcaínos todavía gustan de arruinarse en los entierros.

Y entre todos hay alguno
Que al dios Apolo se llega,
Y en el coro de las Musas
Canta tal como pudiera
El más destemplado grajo
Entre dulces filomenas.
Cante, pues, éste mi copla;
Diga de su voz mi letra;
Que yo quedaré contento
Con que llegue á las orejas
De las ausentes señoras,
Y se queden ó se vengan;
Que entre tanto escribiré
Lo que pasare en la aldea (2),
Y será segunda parte
De mi copla jacarera.

EPIGRAMAS.

Á IRIARTE (3).

Tus obras, Tomas, no son
Ni buscadas ni leídas,
Ni tendrán estimación
Aunque sean prohibidas
Por la santa Inquisición.

Quéjase Horacio y Virgilio de la insípida traducción con que don Tomas los puso en parodia, para darlos á conocer á los españoles.

Grandes alaridos dan
Horacio y el buen Virgilio;
Del sumo Jove el auxilio
Los dos implorando están.
«¡Júpiter! ¿dónde están tus rayos?
¿Cómo permites que Iriarte,
Traduciéndonos sin arte,
Nos ponga en disfraz de payos?»

COPLAS PARA TOCARSE AL VIOLIN (4), Á GUIZA DE
TONADILLA.

Cantar la Música Iriarte
Se propuso en un poema;
Y en lugar de sinfonía,
Tocó la gaita gallega;

Las maravillas de aquel arte canto... (5)

¡Dios guarde, oh muñeira, tu gracia, tu encanto!
De Juan de Mena llegó
A la berroqueña oreja
Aquél estupendo verso
Con que el poema comienza,
Y dijo, asustado: «¿Qué música es ésta?
Jamás otra tal me rompió la mollera.»

(2) Los bilbaínos llaman aldea á todo lo que no es Bilbao. Zumaya, uno de los diez y ocho pueblos que tienen el privilegio de que la provincia de Guipúzcoa celebre las juntas en su recinto, es una linda villa marítima. Hoy la ha enriquecido la industria y tráfico de la cal hidráulica, que se elabora en su jurisdicción de superior calidad; pero ya desde antiguo era notable. Valbuena, en su poema del *Bernardo*, al hacer una descripción geográfica de España, recuerda á Zumaya, hablando del río Urola, en estos versos:

«Las peñas de Motrico, que en su seno
La mar le cubre y le descubre en vano,
Sirven al río de mojon y raya...
Y éstas son las mimbreras de Zumaya.»

Zumaya, en vasconcelo, parece que significa juncal.

(3) Esta quintilla, que por sí sola es un salado epigrama, formaba parte de varias que el autor imprimió (en Bayona, á lo que se cree) juntamente con otras composiciones burlescas sobre los Iriartes, y que éstos se dieron tal maña á recoger, que no hemos logrado ver un ejemplar.

(4) Iriarte pasaba por excelente violinista.

(5) Este verso, que en verdad carece de medida, es el primero del *Poema de la Música*. Cuentase, y Quintana no conservo la noticia, que Huerta, reconciliado con Iriarte y convidado por él á una lectura del poema, le preguntó por dos veces si aquel verso estaba bien, y como viese que el autor insistía en que no necesitaba corrección, escapó, dejando con la boca abierta á la concurrencia. SAMANIEGO, á quien no creemos capaz de hacer otro tanto, tomó por su cuenta burlarse del verso que Iriarte, acaso por un exceso de amor propio, se empeñó en sostener.